

¿CATÓLICOS DESCREIDOS?

«En los países no-comunistas... el riesgo que corre la fe es mucho mayor... que en los países tras el telón de acero». Esta es la frase tajante que el Cardenal Koenig —arzobispo de Viena y presidente del Secretariado para los no-creyentes— acaba de publicar en una revista del Vaticano.

Frases que no son simples palabras, sino una realidad detectada por quien tiene como misión oficial en la Iglesia ocuparse de la situación religiosa del mundo no-creyente.

Los males que para la fe cristiana existen en Occidente se pueden resumir en esta observación que todos podemos hacer: La indiferencia religiosa producida por el egoísmo de la sociedad de consumo —por un lado— y —por el otro— el panorama rutinario de los creyentes en general, que prefieren seguir automáticamente con sus costumbres tradicionales, más o menos renovadas, y con una fe de palabras y de fórmulas, en vez de desarrollar una vida potente que marque una impronta en la realidad social que les rodea.

En cambio, en estos otros países tras el telón de acero —como dice el Cardenal Koenig— «es precisamente esta provocación constante que existe para la fe de los creyentes la que desemboca en ventaja para la fe viva».

Naturalmente que algunos creyentes de esta decadente sociedad de consumo somos también quienes nos percatamos de esta realidad, porque hemos tenido una experiencia positiva de nuestra fe en la vida; y vivimos la religión —o queremos vivirla— desde esta experiencia vital en vez de hacerlo a partir de la exterioridad de unas palabras formularias o de unos ritos semi-neuróticos, como decía Freud hablando de la religión de Occidente.

Cuando un lector de San Sebastián —el señor Goicoechea— me pide el secreto de mi fe y la fórmula mágica que me mantiene en ella, quiero aquí expresar mi respeto a esa pregunta intentando contestarla con la mayor lealtad posible.

En primer lugar no tengo ningún secreto ni ninguna fórmula mágica, por la simple razón de que no creo ni en los formulismos ni en los autoritarismos doctrinales. Pienso —como Freud— que este tipo de religión tan extendida es una neurosis colectiva que preserva al adepto de esta religiosidad falsa de una neurosis individual, pero por un procedimiento tan poco digno y tan dudosamente convincente como es la apelación a este ceremonial —ideológico y cultural— de raíces neuróticas.

El cristianismo, pienso yo, es fundamentalmente un hecho revolucionario entre todas las religiones que hasta entonces habían existido por lo general. Todas ellas participaban, más o menos, de esta estructura mágica de carácter neurótico; en cambio, el cristianismo vino a transformar radicalmente la actitud religiosa de sus seguidores. Para ellos lo primero no era el autoritarismo ni los formulismos y costumbres exteriores, sino «la experiencia de la fe». Jean François Six —el responsable del Secretariado Francés para los no-creyentes— ante el problema real que supone el ambiente ateo, que es la tónica creciente de nuestro mundo, acaba de decir algo muy parecido. «La fe es todavía demasiado a menudo algo vivido como una rutina...; pero ante los no-creyentes que tienen una profunda experiencia de vida humana debemos ser unos hombres que vivan al mismo tiempo una experiencia de vida humana y una experiencia del Dios que es Jesucristo». Y, para ello, no podemos despreciar el ateísmo con el fácil expediente de decir que los ateos son unos desgraciados o unos inmorales, sino «saber reflexionar y tomar seriamente las críticas del ateísmo moderno».

Por eso yo intento —aunque sea muy imperfectamente— anteponer la realidad vital a los fríos conceptos abstractos en que se hace consistir la religión, la mayor parte de las veces llenos de ese carácter rutinario en que nos hemos visto envueltos religiosamente. La razón fundamental para mí es que, en mi experiencia humana y cuando la reflexiono, encuentro que «hay en mí mismo algo más que yo mismo», porque, en esta misma experiencia dinámica, vislumbro lo mismo que Pascal captaba: El hombre supera infinitamente al hombre. El hombre, como fuerza dinámica, supera infinitamente a ese hombre recortado y estático que contemplamos en este mundo de indiferencia vital personal que nos rodea.

Y porque coincidí plenamente con la confesión de la escritora católica inglesa Rosemary Haughton, quiero transcribir algunas de las reflexiones que hace en el excelente pequeño libro que publicó la editorial Península hace dos años, sin que

casi nadie se haya percatado de su valor. En este libro que titula «¿Por qué soy cristiano?», describe en 100 páginas su experiencia de creyente partiendo de la vida, como yo creo también que hay que partir.

Para ella, y para mí, «el cristianismo es una manera de vivir, y no podemos ni debemos separar de ella la parte estrictamente de vida, como si quisiéramos reducir el cristianismo a una especie de extracto deshidratado, apto para ser mezclado con toda clase de materiales disponibles y convertirse en el elemento que precisamente se necesitaba». Pero «la vida de una persona es ella misma, y ella misma es su manera de vivirla... Y el cristianismo es una vida, y es siempre la misma vida».

«Lo que hace cristianos a los cristianos es la vida, ni más ni menos que la vida en sí misma... Pero si proclamamos que la vida en sí misma hay que buscarla, en cierto sentido, exclusivamente en el cristianismo, y en ninguna otra parte, nos estamos apartando de la idea de una vida». La vida está donde está, y no puede ser exclusiva de nadie. Es un hecho y no una teoría.

Por eso, cuando el creyente habla de vida eterna tiene que tener mucho cuidado para no caer en ingenuos antropomorfismos o en infantiles concepciones apartadas de este concepto básico del cristianismo como vida concreta que empieza ya en este mundo. Para el cristiano, vida eterna no significa una vida que dura para siempre, en el sentido de estar insertada en una especie de tiempo de enormes dimensiones o en una especie de carencia de tiempo... Es realmente imposible pensar en la vida eterna prescindiendo de imágenes... Pero... la que suministra una idea más clara de lo que es la vida eterna es la de asimilarla a lo más interior de la experiencia vital... Imaginemos la más intensa experiencia de vida y de realidad que hemos conocido; y entonces intentemos penetrar en lo más íntimo de esta situación vital, sintiendo que aquél es nuestro estado definitivo. Esto nos acerca al concepto de vida eterna: vida químicamente pura, vida y nada más.

Por supuesto que el creyente que ve así el cristianismo e intenta vivirlo de esta manera ha relacionado en su más honda intimidad todo ello con la figura de este gran personaje que fue Jesús. Por eso es creyente. Si no hubiera tenido tal experiencia profunda de la vida, de la vida en sí, en relación con Jesucristo, ese hombre no sería creyente en el sentido corriente de la palabra. Habría llegado a la experiencia vital y profunda de otro modo distinto; incluso es posible que el mecanismo humano de la religión haya sido para él una experiencia negativa, y que su propia increencia o incluso su ateísmo le haya proporcionado la experiencia vital que la religiosidad que él conoció no le ha proporcionado.

En este último caso nos encontramos los creyentes con un problema todavía sin resolver, porque las explicaciones que se han dado de él hasta ahora no son convincentes. No obstante, yo me inclino a creer lo que he visto y vivido, en mi contacto con estos hombres y estas mujeres que se encuentran radicalmente apartados de la creencia y viven una vida personal profunda: que existe un punto de coincidencia anterior a nuestra división entre creyentes y no-creyentes, que es la base y fundamento de lo que son, por un lado, los creyentes, y por el otro, los no-creyentes.

Es como si hubiera en el ser humano distintos niveles. En el primero se encontraría la vida. En el segundo se encontraría la experiencia de coherencia entre esta vida —que es lo más importante— y la figura de Jesús. Y en último lugar se encontraría la concreción de este segundo nivel en una relación comunitaria, como sería la Iglesia de los primitivos cristianos, sencilla, abierta y nada parecida a la complicación casi teratológica en que se han desarrollado falsamente la mayoría de las Iglesias.

Por eso, yo me siento, como creyente, más unido con los que intentan vivir con hondura, sean creyentes o no lo sean, que con quienes enarbolan la bandera exterior de unas ceremonias sin vida.

Por eso, también, creo en el diálogo, porque pienso que el terreno común en que nos movemos todos los hombres que nos preocupamos por la vida es el fundamento más importante de lo que puede interesar a un ser humano. Lo demás debemos hablarlo y discutirlo amistosamente; pero sin perder en esta discusión la perspectiva de lo primero, de la vida, que es lo más importante y decisivo para ambos.

MIRET MAGDALENA